

“Cálamo nostálgico”

Se había marchado el verano y sobre el suelo del jardín el otoño mostraba sus primeras hojas caídas. La tarde estaba avanzada, y al ocultarse los últimos rayos anaranjados del sol, ya había descubierto los rincones más lindos de Córdoba, había recorrido la ciudad antigua, descansando en sus terrazas y contemplando la espectacular silueta que se aprecia desde el río. Pero fue en la pequeña plaza “Campo Santo de los Mártires”, tras la visita que realicé a los baños Califales, cuando ocurrió lo que pretendo narrar a continuación. Los sueños se me presentaron en forma de poema. En el centro del coqueto jardín, existe un monumento dedicado al amor de una princesa Omeya y un poeta. Dos manos se tocan, se entrecruzan sus dedos y, arden de amor ante la presencia de una luna que deja entrever los ojos negros de la ciudad. Leí los versos grabados en la piedra, en ellos la princesa y el poeta se lamentan del amor perdido, pero albergan en sus corazones la duda, reflejada en sus palabras escritas con cálamo nostálgico.

*“Tengo celos de mis ojos, de mi toda,
de ti mismo, de tu tiempo y lugar,
aún grabado tú en mis pupilas
mis celos nunca cesarán...”*

Wallada

*Tu amor me ha hecho célebre entre la gente,
por ti se preocupan mi corazón y mi pensamiento,
cuando tu ausencia nadie puede consolarme,
y cuando llegas todo el mundo está presente.*

Ibn Zaydun

El cansancio me hizo relajarme en un banco cerca del monumento, y desde allí pude observar a una persona que leía un libro de pastas recias, poco usuales en estos tiempos, seguramente lo habría adquirido en alguna tienda de antigüedades. Vestía chilaba, algo nada extraño en la tierra de los Omeyas, los turistas suelen comprarlas de recuerdo. Su

barba era espesa, mal cuidada, usual en personas intelectuales; aunque me llamó la atención y me pareció extravagante y curioso, no le di la mayor importancia.

Fue en el momento en que decidí abandonar el lugar, cuando descubrí unos papeles ajados por el tiempo, a punto de ser cautivos de la brisa. Por el lugar donde los hallé, supuse que pertenecerían a la persona que minutos antes había sido objeto de mi atención. Miré alrededor, y al comprobar que no había rastro de aquel hombre, volví a sentarme, esta vez en el banco que instante antes ocupaba él. Mi curiosidad hizo que abriera aquellos papeles amarillentos con forma de pergamino, escritos con tinta descolorida. Saqué mis gafas y comencé a leer:

Mi amada princesa:

Mis versos miran el azul intenso del cielo con la misma fragilidad que mis ojos lloran tu amor perdido. Tu rostro, que guardo en la memoria, se refleja en el espejo del agua de la vieja fuente, cuyo silencio rompiera tantas veces con su chorro el cervatillo de bronce. Los jardines de Medinat Al-Zahra mueren lentos como la esperanza de volver a sentir tu aliento en mi boca, tu cuerpo en mi cuerpo; allí, cierro cada día mi corazón al mundo, ya que tu voz mantiene vivos los espacios y el tiempo del recinto y no desfallece en el olvido como los arriates secos del jardín.

En esta tarde helada, tu poema me tortura hasta sentir la ingravidez que ablanda mis músculos y anula mi persona. He vuelto de nuevo al rincón vedado a mis sentimientos, a los muros que fueron testigos de un amor efímero y fugaz, a la fuente ornada por el bronce en la que contemplé tu belleza, en la que respiré el vacío de tu ausencia y deshice mi ansiedad. Fue en esta agua, hoy dormida, donde mojé mis labios en los tuyos y alcé mis ojos a tu luz y abrí mi cuerpo a tu cuerpo. Abrazados en el laberinto de la noche, sentimos cómo nuestros corazones se agitaron e hicieron fluir con rapidez nuestra sangre, mientras languidecía el crepúsculo y nuestro amor padecía de insomnio. Desde tu ausencia, ninguna ráfaga de dulzura ha sido capaz de ocupar este espacio tan grande de soledad. Recuerdo cada una de tus palabras, de tus gestos y caricias: en ningún momento me di cuenta aquella tarde de que tus besos tenían sabor a despedida. Fue como si tuviera la certeza de que tu voz, tu piel, tu olor... eran parte de mí, porque mi vida era sólo tu presencia. Más tarde, desperté de una alucinación y comprendí que el mundo que consideré cruel me negaba la muerte. Pasaron días, semanas y meses y mis ojos se secaron para el resto de mis días.

Te escribo con el reflejo del último rayo que se diluye en el color verde y manganeso de la fuente, su luz rosácea apaga el canto de los jilgueros y entristece las flores de los almendros. Mi mirada melancólica duerme arropada en los versos del poeta muerto. He perdido la cuenta del tiempo, sin poder desterrar de mi corazón tus recuerdos, y sin embargo no consigo alejarme de los muros del jardín. Demasiado amor me ofreció tu cuerpo, demasiado confuso el dolor que aún siento. Es tanto lo que puedo darte que espero de nuevo lograr tu confianza y poder vivir junto a ti en el mundo creado por mi imaginación. A veces, mis ilusiones pueden ser demasiado descabelladas o están enmascaradas en mi memoria. Me siento culpable de mi comportamiento y busco insistentemente tu perdón, espero cada instante, cada momento, que el milagro ocurra. Sé que sabré esperar, pues nuestro amor debe prevalecer como los atauriques que me observan.

Siempre tuyo

Ibn Zaydum

Nunca más supe del autor de la carta ni de su amor desconsolado.

Manuel Sanchiz Salmoral